

gobierno y tutela que ejercía en participación con la reina, cuyo partido y reputación se acrecia cada día, y atendiendo además á que, sin embargo de tener ya el rey 47 años, se dejaba en todo guiar por la influencia y consejos de su madre, sin pensar en tomar por sí las riendas del Estado, se propuso echar mano de la intriga para desunirlos y apoderarse así exclusivamente del mando, prevalido de la inesperienza del monarca. Insinuándose para ello en el ánimo de don Fernando por medio de las mas rastreras lisonjas y adulaciones, y encomiando hasta no mas su talento y disposición para gobernar, atacó al fin su amor propio, diciéndole era mengua que de tal modo y á su edad estuviere servilmente sujeto á la voluntad de una mujer; que su madre no hacia mas que intrigar para prolongar su esclavitud y gobernar á su solo arbitrio; que este despojo de autoridad por todos tachado, se legitimaba por doña María, prestando incapacidad para gobernar por parte de su hijo; en fin, que si no sacudia tan vergonzoso yugo, llegaría un día en que quisiese y no pudiese librarse de él. Las repetidas muestras de amor que de su madre había recibido, la conservación de su inseguro trono, á pesar de los recios embates que había sufrido, debida únicamente al desvelo y esfuerzos heroicos de doña María, y la abnegación de esta en el mando y en todo cuanto se rozaba con su interés personal, debían haber sido otros tantos títulos, á mas del de madre, á la gratitud eterna de don Fernando y salvaguardias contra toda sospecha que tendiese á empañar en lo mas mínimo el noble proceder, la reputación inmaculada de la gobernadora. Pero sordo el rey á la voz de su corazón, que le decía ser todo una grosera calumnia, dió placenteros oídos á las lisonjas cortesanas y atención á las calumnias inculpaciones de don Enrique. Entregóse de todo punto en manos de este, y cediendo á sus sugerencias, se alejó de su madre, partiendo á visitar el reino de Leon en compañía de Lara y del infante don Juan. Un acontecimiento que cediendo en prezo y gloria había de desengañar al monarca, vino á robustecer las calumnias de los cortesanos, que le dieron la interpretación torcida que á sus planes convenía mejor. El rey convocó en 1303 Cortes de los Leoneses para Medina del Campo, y casi todos los concejos al ver la convocatoria solo en nombre del rey, enviaron diputados á la reina madre, asegurándole que no concurrirían si ella no lo mandaba, adelantándose la misma villa de Medina á ofrecer que cerraría sus puertas al rey y á su corte. Semejantes ofertas habrían hallado sin duda acogida en otra alma menos noble y menos grande que la de doña María; pero en la de esta señora, por mucho que le doliera la indisculpable ingratitude de su hijo, tenía mas cabida el amor que le profesaba y el bien y tranquilidad de los pueblos, que los mezquinos halagos de una venganza que se avenía muy mal con sus generosos sentimientos. Lejos, pues, de dar su nombre á los descontentos y autorizar con su aquiescencia tales desmanes, se opuso á todo acto que tendiese á menoscabar la autoridad real y accedió á ruegos de su hijo á concurrir personalmente á la asamblea. Pero los execrables manejos del infante don Juan y la desmedida ambición del de Lara hubieron

de indignar de tal modo á los diputados, que se habrían retirado á sus casas á no haberlos contenido con su prudencia la reina, á quien en tanto achacaban aquellos proceres planes de traición y alianza entre su hijo y el de la Cerda, que denunciaban al rey. La política aconsejó por entonces, como un medio desesperado, el que la reina aceptase la union que don Enrique le ofreció de sus respectivos partidos para contrarrestar los del de Lara y don Juan, y valiéndose estos de ello, supieron indisponer de tal manera al rey con su madre, que se prestó á cuanto de él quisieron exigir. Todo amagaba una guerra civil sangrienta, que ni aun la influencia y pacífico carácter de doña María podía atajar, cuando ocurrida la muerte del infante don Enrique en Roa, halló cabida la idea que antes había propuesto infructuosamente la reina, de poner en manos de árbitros la decisión de las diferencias que había entre el rey y los Cerdas, el de Aragón, los Haros y Laras. Contrájose por parte de todos el oportuno compromiso en Calatayud después de varias contestaciones, corriendo el año de 1324, y nombrados jueces árbitros para lo de Aragón y Castilla el rey de Portugal, el infante don Juan y el obispo de Zaragoza, se acordó que el río Segura sirviese de límite entre ambos reinos, con lo que se avinieron los respectivos monarcas, ratificándolo en el Campillo el día 9 de agosto. En cuanto á las pretensiones de don Alonso de la Cerda, de que fueron jueces los reyes de Aragón y de Portugal, se mandó en la sentencia arbitral que don Alonso dejase de nombrarse rey, que restituyese todas las plazas y castillos de que se había apoderado, y que en indemnización se le diesen los estados de Alva de Tormes, Béjar, Valdecorneja, Gibraltar, Val de Manzanares, Puebla de Sanabria, Lemos y otras varias posesiones y heredamientos de entidad, que constituirían un riquísimo infantazgo, cuyas rentas habían de llegar á 500,000 maravedís, quedando obligado el rey de Castilla á completar esta suma, caso que con lo asignado no se cubriese; y por último, que don Alonso no usase de las armas acuarteladas de la casa real, sino variando el sitio de los leones y demás figuras que campean en ellas. Con esto y haberse decidido tambien en favor de don Juan las diferencias con el de Haro, y subido á la privanza el infante, lució para Castilla la aurora de una nueva era de sosiego y tranquilidad. Quiso el rey aprovecharse de ella, y sabedor de la discordia en que se hallaba envuelto el reino de Granada, cuyo rey Abén-Hamar, ciego y sin recursos estaba supeditado por su cuñado Ferráen, señor de Málaga, y el arcaez de Almería, que casi le habían usurpado el trono, se concertó con el de Aragón para invadir el territorio granadino, procediendo de acuerdo á sitiar el uno á Algeciras y el otro á Almería, que eran las plazas mas importantes para los Africanos, como que por ellas tenían libre entrada en la península. Llevaron á efecto los Castellanos el cerco de Algeciras, que se formalizó el 27 de julio de 1309, y los Aragoneses se presentaron ante Almería á mediados del siguiente agosto. Pero tras largos meses de porfiada lucha por una y otra parte señalados hechos de armas, rebatos y refriegas con fortuna varia, vióse precisado el de Aragón á levantar el sitio; y el de Castilla, abandonado de casi toda su gente

por las torpes intrigas del infante don Juan, hubo tambien de retirarse, aunque con la ganancia de Gibraltar, que á bien cara costa había obtenido, perdiendo en aquella campaña al noble y esforzado don Alonso Perez de Guzman, Honor y prezo de los caballeros castellanos, envidia de los estranos y terror de los enemigos fué tanto mas notable el espectáculo de sus virtudes que con tanta justicia le captaron el dictado de Bueno, en cuanto á que la prostitución de costumbres, la falta á los mas sagrados juramentos, la rebelión, la intriga y sed de oro y honores eran en aquella azarosa época tan comunes, que casi no imprimían mancha ni deshonra. La vida toda de Guzman el Bueno es un modelo de virtud y de heroísmo, y desde sus primeros años al través de las oscilaciones y disturbios que hubo en los reinados de don Alonso, don Sancho y don Fernando, ni una vez sola se apartó del sendero del honor, ni una desdijo su noble cuna, nada hizo que no hubiese arreglado á justicia, nunca desmintió su fidelidad acendrada, ni la mas leve mancha empañó su conducta. En Castilla y Marruecos, en Tarifa y Sevilla, en la paz y en la guerra, siempre fué leal y valiente, tan cumplido caballero como esforzado campeon. Murió como había vivido, defendiendo á su patria y su rey; y esta desgracia que llenó de luto á toda la monarquía, arrebató á los 52 años de edad al paladín mas apuesto de Castilla, cuyo nombre será siempre un título de gloria para el suelo español en que nació. Su última hazaña fué la toma de Gibraltar, que defendido obstinadamente, hubo de rendirse al fin, no pudiendo resistir el daño que á los defensores causaba una torre que hizo levantar Guzman y que dominaba las murallas, entrando en la plaza los cristianos después de estar ocupada por los Moros durante quinientos años. Don Alonso pereció después en una salida que hizo contra los Bárbaros que inquietaban el campo de Algeciras; quedando muerto en la acción cuando los ahuyentaba, atravesado por las flechas que le dispararon en los desfiladeros de la serranía de Gaucin. Levantóse, como queda dicho, el cerco de Algeciras, mas no sin capitular que los Moros restituyesen las villas de Quesada y Bedmar, y pagasen 40,000 escudos para los gastos de la guerra, con lo que desembarazado el rey, partió para Burgos á efectuar las bodas de su hermana, y castigar con el mayor rigor la defección del infante don Juan, que con abandonar el campo y sus intrigas había sido causa principal del malogro de la embestida sobre Algeciras. Hubo de tener el culpable noticia de tales intentos, aun cuando el rey procuró tenerlos secretos y huyó el peligro, que desapareció después por mediación y á instancias de la reina madre y de varios obispos que consiguieron sus indultos, de que por ningún título era el infante merecedor. Los últimos años del reinado de don Fernando se señalaron con dos hechos notabilísimos, de los que el uno conmovió á toda la cristiandad, y el otro dió largo pábulo á la superstición. Fueron estos la proscripción de la orden del Temple y enjuiciamiento de sus caballeros y el suplicio de los Carvajales, hechos ambos que merecen referirse con alguna detención. La orden del Temple, que había tenido su origen en medio del mas fervoroso ardor de las cruzadas y por objeto la defensa de la Tierra Santa,

había llegado á tomar tal incremento en todos los países cristianos, aun después de que con la pérdida de San Juan de Acre se acabó el poder de la cruz en la Palestina, que su preponderancia, riquezas é influencia habían llegado á hacer sombra al trono y suscitado el recelo de los monarcas, la envidia de los magnates y el deseo de apoderarse de sus cuantiosos bienes. Escarmentados por lo sucedido en Prusia con los caballeros teutónicos, que pobres y exhaustos de medios se habían arrogado todo el poder, tramabase una sorda intriga que diese fin á tan poderosa orden. Obstáculo y no pequeño era para conseguirlo frente á frente el mucho influjo que tenían los templarios, en razon al gran número de vasallos y recursos que estaban á su disposición, y á tener en su poder los castillos mas fuertes y bien pertrechados, cuya defensa se doblaba con el indomable valor de tan hazanosos adalides; pero habiendo dado pábulo al sordo encono que contra la orden se alzaba, el orgullo, los desmanes y aun delitos de algunos caballeros, encono que cundió hasta en las clases mas ínfimas, una vez puesta en juego la superstición que les achacaba la práctica de la magia y los mas escandalosos sacrilegios, ya no fué posible contener el golpe que antes que nadie dió el rey de Francia Felipe el Hermoso, arrancando al papa en 1308 una bula en que mandaba enjuiciar á todos los templarios y sguetrarles todos sus bienes. Sangrienta y ruda la persecución contra ellos en Francia, donde el rey era el principal interesado en perderlos, no lo fué tanto en Aragón y Castilla, á pesar de que prevenidos por la catástrofe del vecino reino, se hallaban los caballeros apercebidos y se defendieron en varios de sus castillos. Pero vencidos en Aragón y capitulando en Castilla, hicieron entrega de todos sus bienes, fortalezas y señorios, compareciendo en 1310 ante el concilio reunido en Salamanca, para donde los había emplazado el arzobispo de Toledo, compuesto de los obispos de Lisboa, La Guardia, Zamora, Avila, Ciudad-Rodrigo, Plasencia, Mondoñedo, Astorga, Tuy, Lugo y el arzobispo de Santiago. El proceso no pudo menos de patentizar la falsedad de los cargos de magia, sacrilegio, irreligion y demás delitos que á la orden se achacaban, y el concilio en su vista hubo de absolverlos solemnemente, declarándoles buenos caballeros y fieles católicos, reservando sin embargo la final determinación al sumo pontífice. Parecía que la sentencia de varones tan entendidos y respetables había de servir de algun peso al decidirse la suerte ulterior de toda una corporación, cuyos antecedentes eran tan gloriosos; pero obcecado, ó mas bien amedrentado por Felipe, el papa Clemente V que presidió el concilio reunido en Viena del Delfinado, abolió y proscribió la orden del Temple en todo el orbe cristiano. En virtud de esta decision se apoderó el rey Fernando de cuantos bienes poseían los templarios en Castilla, haciéndose así dueño de multitud de pueblos y fortalezas que le prestaron mucha fuerza para tener á raya las continuadas demasías de los magnates. Si bien en este acto desobedeció la sentencia dictada en el concilio de Viena, por la que se mandaba dar los bienes del Temple á los caballeros de Malta, no hizo mas que atender á la salvación del Estado y las necesidades del erario público que merecían

mayor consideración; pero en el relativo al suplicio de los Carvajales no hay pallativo alguno para su modo de proceder. Estando el rey muy enfermo en Palencia se había cometido á la puerta de palacio el asesinato de un caballero de la familia de los Benavides, que era tenido en mucha estima por don Fernando. A pesar de las infinitas diligencias practicadas y del tormento aplicado á algunas personas, no se había podido averiguar el matador, resultando solo algunos indicios contra los hermanos Carvajales llamados Pedro y Juan, que se habían ausentado de la población. Nadie recordaba semejante hecho, cuando al ir el rey sobre Alcaudete en la primavera de 1312 á auxiliar á su hermano el infante don Pedro que mandaba el cerco, hizo alto en Martos, donde supo se hallaban los Carvajales. Lo natural y justo era el prenderlos y formarles el correspondiente juicio; pero precipitado el rey, cuyo carácter era muy iracundo, y dominado por uno de los arrebatos que ningún cortesano se atrevía á contrarrestar por no verse perdido, mandó que sin oír sus descargos, sin instruir proceso, ni dárles garantía alguna de las que las leyes entonces concedían, se les arrojasen desde una alta peña que orilla á el pueblo y aun se eleva. Los desgraciados hermanos que apenas presos se vieron conducir al lugar del suplicio, no probado en modo alguno el crimen que se les imputaba, pedían á voces justicia, poniendo á Dios por testigo de que eran inocentes, y rogaban se les oyese sus descargos, que así se probaría su inculpabilidad; pero sordos todos cuantos les oían por tener en mas el favor del rey que el amor y fueros de la justicia, y sordo tambien el rey á tan sentidas quejas, se verificó el suplicio, si bien antes de espirar apelaron los Carvajales de tan inhumana sentencia para el tribunal de Dios, ante el que emplazaron al rey solemnemente dentro de treinta días. Ocurrió este lamentable suceso á ocho días del mes de agosto de 1312, y fuera una demostración terrible de la justicia de Dios, ó efecto de una casualidad particular, lo cual no nos cumple decir, es lo cierto que habiendo enfermado el rey en el camino y dado la vuelta á Jaen para reponerse, se le halló muerto en su cama el jueves 7 de setiembre, habiéndose retirado á ella muy contento, segun tenia por costumbre después de comer. El rey era muy entregado á los placeres de la mesa y la bebida, y aquel día había recibido la noticia de la toma de Alcaudete; pero la circunstancia de hacer 30 días justos desde el en que se realizó el suplicio de los Carvajales, hizo por entonces creer que su muerte fué obra de la divina Providencia para castigo de su atropello y justificación de los dos hermanos, y aun hoy es conocido en la historia con el sobrenombre de el Emplazado. Falleció á la edad de 24 años cumplidos, después de haber reinado 16, y dejó un solo hijo de nueve meses de edad llamado Alonso, que le debía suceder en el trono, como se realizó.

FERNANDO V, llamado *el Católico*, nació en 10 de marzo de 1452 en el castillo de Sos, junto á la raya de Navarra. Agobiado su padre don Juan II, rey de Aragón, con el peso de los años, depositó en él toda su confianza, nombrándole en 1468 rey de Sicilia. Al siguiente año casó Fernando con doña Isabel, hija de don Juan II, rey de

Castilla, con cuyo matrimonio se reunieron los estados de Castilla y de Aragón. Apenas los dos esposos fueron proclamados reyes de Castilla, se vieron en la necesidad de ponerse al frente de un ejército contra el rey de Portugal que triunfante desus conquistas de África y pretendiendo tener derecho á la corona de Castilla, por haber nombrado Enrique IV berederá suya á doña Juana, sobrina de Isabel, había entrado en España con 20,000 hombres proclamándose rey de Castilla y de Leon. Fernando en represalia tomó el título de rey de Portugal, y salió inmediatamente al encuentro de su enemigo, á quien alcanzó en Toro, y dándole una batalla lo derrotó completamente. Fué tal el desaliento que se apoderó de don Alfonso con tanta desgracia que no paró hasta refugiarse en Castro Nuño, donde vencido por el sueño y el cansancio del camino, le abandonaron los Castellanos, que tomando aquel sueño por indiferencia se volvieron á las banderas de don Fernando. Desbaratados así los proyectos del monarca portugués, y tranquilo ya Fernando en sus estados, puso desde luego su empeño en arrojar de España á los Mahometanos, reducidos á la sazón al reino de Granada. Abrióse la campaña en 1483 en cuya época murió Luis XI rey de Francia; Fernando envió en calidad de embajador cerca de Carlos VIII, sucesor de aquel monarca, á Juan Riveira, encargado de reclamar el Rosellón como perteneciente á los reyes aragoneses. El rey de Francia contestó de una manera evasiva, de que se desentendió el monarca español por no abandonar un momento la ardua y gloriosa empresa en que tanto él como su esposa se hallaban empeñados: sin embargo puso las fronteras en estado de defensa, apoderándose al mismo tiempo Juan de Riveira de algunas plazas de Navarra, mientras que el rey y su esposa empleaban todas sus fuerzas en abatir el orgullo de los Mahometanos. No sabemos cuál de los dos esposos se distinguió mas en la guerra; ambos iban al frente de sus tropas; ambos participaban de los riesgos y fatigas del soldado, y los dos se coronaron de gloria por el buen éxito de sus empresas contra el rey moro de Granada. Hallábase Fernando sitiando la ciudad de Ronda, su artillería había destruido los torreones y una gran parte de los edificios; pero como los habitantes se defendiesen con valor obstinado, Fernando ofreció pasarlos á cuchillo si se resistían por mas tiempo; tomó por fin la ciudad por asalto, y cuando el rey vió aquellos valientes guerreros llenos de heridas, sus hijos llorando y sus mujeres desoladas, les permitió que pasasen á Castilla con sus familias y bienes que pudieran llevar consigo; permitiéndoles además el libre ejercicio de su religion; la misma bondad usó en las plazas que como aquella se resistieron. Sin embargo poco faltó para morir asesinados don Fernando y su esposa en el sitio de Málaga. Uno de los prisioneros que había hecho pidió con reiteradas instancias ser presentado al rey, bajo pretexto de descubrirle el medio de ganar la plaza sin efusion de sangre; los que le custodiaban accedieron, y entró primeramente en la tienda de una de las camaristas de la reina que en aquel momento estaba jugando al ajedrez con el principe de Braganza; el moro tomándolos por Isabel y Fernando, arrojó su cimitarra al príncipe y le hirió en la cabeza; pero los sol-

dados sin dar lugar á mas se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos. Mientras Fernando volaba de victoria en victoria, se suscitaban nuevas turbulencias en el reino de Aragón: los Aragoneses se resistían á que se estableciese en Zaragoza la Inquisición, hasta el punto de asesinar al primero de los inquisidores en la misma iglesia catedral. Cuando lo supo Fernando pasó á Zaragoza; á pesar de la resistencia de sus habitantes, nombró un nuevo inquisidor y castigó á los reos como merecía el delito. Al mismo tiempo que esto sucedía, Juan de Albret, deseando casarse con la hija del duque de Bretaña y con ocasión de la guerra que se había suscitado entre este y la Francia, solicitó de Fernando su alianza con el rey de Navarra, rogándole que tomase este reino bajo su protección; el aragonés accedió fácilmente, prometiéndole su asistencia, y dando orden á Riveira para que evacuase las plazas que ocupaba en Navarra, marchó Fernando otra vez á reunirse con su esposa. Por aquel tiempo el soldado de Egipto disputó dos religiosos de Jerusalén para manifestar á los dos reyes (que así llamaban á Isabel y Fernando) que si no renunciaban á la conquista de Granada trataría á los cristianos que se hallaban en sus dominios como á enemigos de su religión y estado: Fernando tembló al principio; pero aconsejado por su esposa contestó, que olvidaría toda moderación si el soldan trataba de incomodar á los cristianos y condenaría á muerte á los Mahometanos, ó á una perpetua esclavitud; y no haciendo caso de las amenazas de su enemigo, que no tuvieron efecto, se adelantó hacia Granada. Para llegar á esta capital no le faltaban que conquistar mas que dos plazas que estaban en poder del caudillo Zagal, quien resentido por haber elegido los Mahometanos para rey de Granada á Boabdil, ó acaso por creer imposible hacer frente á Fernando, salió al encuentro del vencedor para entregarle las llaves; apease de su caballo luego que vio á Fernando y quiso besarle las manos. El monarca español le abrazó y colocó á su lado, señalándole después una ciudad y algunas plazas vecinas con 3,000 vasallos y 6,000,000 de maravedises de renta; pero como Zagal prefiriese marchar á África, recibió en metálico el capital de esta renta. Los dos reyes después de haber conquistado treinta plazas fuertes y otras tantas ciudades, sin contar las que sin resistencia se les rindieron, fueron á acamparse á los alrededores de Granada. En este famoso sitio fué donde empezó á dar pruebas de valor el famoso Gonzalo de Córdoba, conocido por el Gran Capitán (véase su artículo), y donde doña Isabel, la heroica española, desplegó toda la grandeza de su carácter. Por fin después de un largo y terrible sitio trató Granada de rendirse; y en 1.º de enero de 1492 se firmaron las capitulaciones, y Fernando é Isabel hicieron su entrada pública en la misma plaza cuatro días después, tratando á Boabdil con la misma consideración que á su tío Mahomed el Zagal. Los dos reyes lograron, con esta tan afortunada como gloriosa expedición, espulsar para siempre de España á los Mahometanos después de una dominación de 776 años. El papa Inocencio VIII, que vió en don Fernando y su esposa dos baluartes inespugnables de la fe, les dió el sobrenombre de Católicos que conservaron y conservarán sus sucesores. Concluida la

guerra de Granada procuró Fernando hacer alianza con varios príncipes para detener los progresos que las armas francesas hacían en Italia. El emperador Maximiliano fué el primero que se unió con don Fernando, sirviendo de garantía á esta alianza el matrimonio de doña Juana, princesa de Castilla, con el archiduque Felipe de Austria, que después fué rey de España. Mandó igualmente Fernando embajadores á Enrique VII, rey de Inglaterra, para que entrase en la liga, por medio del casamiento del príncipe de Gales con la infanta doña Catalina de Castilla. Luego que estaba todo preparado para entrar en campaña, envió Fernando á Italia á don Gonzalo de Córdoba con numerosas fuerzas de mar y tierra. Este valiente capitán apenas se vió en Italia, venció al enemigo y se apoderó de la Calabria, pero para evitar sangre se convinieron el rey católico y el monarca francés en repartir aquel reino entre las coronas de España y Francia. Sin embargo, hubo luego disensiones, pero no tardó el famoso Gonzalo de Córdoba en arrojar á los Franceses de todo el reino, y después fortificar las fronteras para evitar alguna tentativa. Sin embargo, se le oponía á Fernando un obstáculo digno de la mayor consideración. Doña Leonor infanta de Aragón y hermana de don Fernando que gobernaba en Navarra, temblaba por la suerte de don Juan de Albret y doña Catalina herederos legítimos de la corona; y como temiese que don Fernando se apoderase del reino, recibió en todas las plazas fuertes guarniciones francesas para asegurárselas á sus nietos. En efecto don Fernando consideraba necesario ocupar el reino de Navarra para dejar asegurada enteramente la España; propuso, pues, á su hermana que se separase de la Francia y le confiase como en depósito aquel reino. Negóse doña Leonor á estas peticiones, y don Fernando sin miramiento alguno arrojó á los Franceses y logró unir la Navarra Alta á la corona de Castilla. Sin embargo de tanto disturbio, España gozaba de la mas recta y útil administración, sin que sirvieran de obstáculos las grandes empresas en que los reyes católicos se hallaban empeñados, entre las que ocupaba un lugar preferente el arriesgado proyecto de Cristóbal Colon, que poco antes había sido despreciado de la república de Génova y aun de la corte de Portugal. «El principal cuidado de los reyes católicos», dice un historiador, fué el abatir el orgullo de los grandes, los cuales habían llegado á creerse tan señores como sus reyes, con las inmensas riquezas que poseían, y como el efecto de este orgullo hubiera sido una guerra civil, era indispensable combatir este orgullo, como lo hizo don Fernando con la prudencia que era su principal guía. » A tal estado habían llegado los reyes católicos; pero en medio de tantas glorias, sufrieron un golpe mas terrible sin duda que la pérdida de una batalla, cual fué la irreparable de su hijo único, el príncipe don Juan, en quien fundaban las mas lisonjeras esperanzas, y el cual murió sin haber tenido hijo alguno de su matrimonio con doña Margarita, hija de Maximiliano. Mas esta desgracia no interrumpió el curso de sus victorias y hazañas. Todavía tuvo el rey ocasión de manifestar su valor contra los Mahometanos, á quienes derrotó enteramente, y por este último suceso publicó un decreto el ven-

cedor Fernando en que mandaba que todos los Moros que no abrazasen la religión cristiana saliesen del reino: 10,000 recibieron el agua del bautismo y mas de otros 400,000 se marcharon á África: tal fué el resultado de aquel famoso decreto. No les quedaba á don Fernando y á doña Isabel mas sucesión que doña Juana, casada, como hemos dicho, con el archiduque de Austria: esta princesa conocida, con el sobrenombre de Loca, ofrecía pocas esperanzas; pero viendo próxima la muerte doña Isabel, nombróla en su testamento sucesora á la corona de Castilla y de Granada, y después de ella á su nieto don Carlos. Murió en efecto la reina doña Isabel dejando en el mas profundo sentimiento á sus súbditos, y Fernando queriendo cumplir con la última disposición de su esposa, llamó al archiduque Felipe que se hallaba en Flandes, y proclamó á doña Juana reina de Castilla, tomando la regencia del reino por declaración de los estados. Con la muerte de doña Isabel se avivó el mal reprimido fuego de la rebelión, á que tan acostumbrados estaban los grandes de Castilla. Descontentos la mayor parte de estos por la severidad de don Fernando y la firmeza con que, reprimiendo su vuelo, les había privado de tantas y tan pingües obviaciones; trataron de invalidar el testamento de la reina privándole de la gobernación del Estado que en aquel documento se le delegaba. Acandillados por don Juan Manuel, acérrimo partidario del archiduque, á nada menos tendían que á espulsar del reino á don Fernando, fiando el gobierno á las manos de don Felipe, llamado *el Hermoso*, esposo de la legítima soberana de Castilla. Pero si sus proyectos hallaron acogida en el ánimo de don Felipe, que para llevarlos á cabo juntó un poderoso ejército, á cuyo frente trataba de conquistar el reino de su esposa, se desvanecieron al cabo por mediación del emperador Maximiliano, celebrándose una concordia en la que se estipuló que la administración del reino quedase repartida entre doña Juana como propietaria, don Felipe como su legítimo marido, y don Fernando como gobernador perpetuo, siendo reconocido el príncipe don Carlos por inmediato sucesor á la corona, y distribuyéndose las rentas por mitad entre el rey católico y su hijo. A esta concordia, firmada en Salamanca el año de 1504 por el rey y los embajadores de don Felipe, dió principalmente lugar el político paso que dió aquel pidiendo al monarca de Francia la mano de su sobrina Germana de Foix y privando así del apoyo de esta potencia al archiduque. Pero si la autoridad quedaba repartida entre los tres por igual, pues hasta los despachos debían encabezarse con el nombre de la reina y los dos reyes, no satisfizo este arreglo á don Felipe que á todo costa quería reinar sin rival. Distuló sin embargo por entonces y se apresuró á venir á España con su esposa, saliendo al efecto de Middlebourg el 8 de enero de 1506, y desembarcando después de bastantes azares á mediados de abril en la Cornua. En este intervalo no había permanecido ocioso don Fernando. Apenas falleció su esposa, se apresuró á cumplir su última voluntad en cuanto alcanzase, y al efecto convocó las Cortes para Toro. En ellas se hizo reconocer por regente del reino, y presentó á la aprobación, que fué obtenida, el código que aquella gran reina

tenía dispuesto para sus estados, conocido en el día bajo el título de leyes de Toro. Llamó tambien la mayor parte de las tropas que tenía en Italia el Gran Capitán, dirigiéndolas contra el África, donde se tomó la ciudad y puerto de Mazalquivir, y organizó las fuerzas de la península para contener las que aprestaba en su contra el archiduque, si bien la concordia de Salamanca alejó por entonces la tempestad. Pero apenas desembarcó Felipe en la Cornua y vió la afluencia de magnates que acudieron á ofrecerle sus servicios, cuando descubrió desde luego sus intentos, y anulando la reciente concordia declaró públicamente que no pasaria por su contenido, insistiendo en que don Fernando renunciase á la regencia de Castilla y se retirase á Aragón. Indignado el rey católico de tan solapada conducta y de la actitud hostil que su yerno había tomado, quiso acudir por su parte á las armas; pero la deslealtad de muchos de sus parciales y la consideración de que iba á encender una guerra en que contrarrestaria los sagrados derechos de su hija, le hicieron variar de propósito y ofrecer á don Felipe sujetar la decisión de las contestaciones pendientes al resultado de una entrevista personal. Acordóse por una y otra parte esta conferencia, y en su consecuencia se avisaron ambos reyes en una casa de labor llamada el Remesal en las cercanías de la Puebla de Sanabria. Don Felipe acudió á ella al frente de 6,000 hombres de armas prestos para la lid, al paso que don Fernando iba solo acompañado de un corto séquito de gente toda de paz y desarmada, del duque de Alva y del arzobispo de Toledo que le habían permanecido fieles. El resultado fué bien desagradable para ambos; pues herido el rey católico en todos sus afectos por la altivez, ingratitud é insostenible ambición de su yerno y la deslealtad de los que á este seguían, se separó diciendo que suscribiria á cualquier convenio que ellos quisieran dictar. En vista de esta aquiescencia, redactáronse por el archiduque las condiciones, y don Fernando las firmó sin examen el día 27 de junio de 1506, dejando en virtud de ellas á sus hijos el gobierno de Castilla, y retirándose á Aragón. Con la ausencia del rey católico, no tenía Felipe mas trabajo para contemplarse rey exclusivo y absoluto que la personal de doña Juana; pero preñándose de sus accesos de demencia la encerró en una habitación aislada, y convocó Cortes en Valladolid para que se le declarase incapaz de gobernar y refluiese en él solo toda la autoridad. Mas los fieles Castellanos resistieron tenazmente prestar su asentimiento á tal medida, y don Felipe hubo de contentarse con regir subsidiariamente el Estado. Su conducta legítima á poco esta medida de las Cortes y patentizó cuán justos eran los recelos de los diputados; pues si aun así oprimió de un modo increíble á la infeliz reina que en él y por él vivia, si los destinos mas principales de que se lanzó á los mas leales Castellanos sirvieron de galardón á los famélicos Flamencos, y si el gobierno de los pueblos se abandonó con los tesoros del Estado á merced de ambiciosos favoritos, puede figurarse hasta donde hubiese llegado la tiranía de este rey, primer extranjero que ocupó el solio desde que fué alzado por Pelayo. El descontento cundia de un modo prodigioso, y algunos celosos procura-

dores de las ciudades intentaban ya sacar de su esclavitud forzada á la reina, espulsando ignominiosamente á los advenedizos extranjeros, cuando la muerte de don Felipe, ocurrida á los nueve meses de su llegada á España, vino á atajar naturalmente estos males. Arrebatado al amor de su esposa en la flor de su edad, pues solo contaba 29 años, la demencia de la infeliz doña Juana se acreció de un modo espantoso, dejándole muy pocos momentos de lucidez. Aparecieron por lo tanto en la escena multitud de pretendientes á la regencia que provisionalmente se formó de siete individuos, bajo la presidencia del tan célebre arzobispo de Toledo Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Unos y otros se agitaban y querían se nombrase á don Fernando, al emperador de Alemania, á los reyes de Portugal ó Navarra, y aun á Enrique VII de Inglaterra, casando á la hija de este con el príncipe don Carlos. Pero todos estos planes fueron destruidos por la firme voluntad y político manejo del cardenal Cisneros, quien convencido de que la reina quería entregar el gobierno á su padre, por habérselo así manifestado en uno de sus lúcidos intervalos al rogarla firmase la convocatoria de las Cortes, se declaró el campeón mas decidido de don Fernando, hasta que consiguió se le llamara. En tanto que llegaba, se apoderó en nombre de la reina y á sus propias expensas de las principales fortalezas y plazas del reino, que puso á disposición del rey, tan pronto como volvió de Italia, lo cual se verificó en julio de 1507. Con la llegada de Fernando, á quien su hija entregó el gobierno, hubieron de aquietarse los revoltosos mal su grado, bajo la fuerte mano del que tan bien sabia reprimirlos. Volvieron las cosas á su estado normal, y el rey católico, si bien absoluto y altivo, pudo alcanzar un gobierno pacífico, y con él los medios de llevar adelante sus planes de conquista y guerra en lo exterior. La expedición de Orán, á costa y bajo la dirección del cardenal Cisneros, que dió por resultado apoderarse de la plaza por asalto á principios del año 1509, y facilitó la posterior conquista de Boja y Trípoli por el conde Pedro Navarro, y el hacer tributarios y vasallos de Castilla á los moros de Argel, Tremecén y Túnez, fué un hecho tan grande por la gloria en él adquirida por quien acometió y terminó la empresa, como por la importancia material de las tierras conquistadas y la preponderancia que con su adquisicion obtuvo la ya opulenta monarquía. Pero no contento aun con haber extendido sus dominios por el África, aspiraba don Fernando á hacer suya la Navarra; toda vez que para ello le ofrecían ocasión las no interrumpidas discordias que dominaban en aquel desgraciado pais. Fué origen principal de este desseo la resistencia que don Juan de Albret, rey de Navarra, opuso para conceder paso á las tropas castellanas destinadas á invadir la Francia, cuya negativa ofendió al rey católico en tanto grado que se decidió á conquistar la Navarra. La posición de don Fernando en aquella época no podía ser mas favorable para llevar á cabo su intento. Había tomado parte activa con el papa, el emperador de Alemania y el rey de Francia en la famosa liga de Cambray, formada en 1507 contra los Venecianos; pero el descalabro que la flota española sufrió tres años después ante la isla de Ger-

ves, y la division que ya trabajaba á los coligados, fomentada por la poderosa república su contraria, dió ocasión favorable á esta para hacer proposiciones amistosas al papa y á don Fernando. Resultado de ellas fué el que estos se separasen de la liga y que por aquel se diese al rey católico la investidura del reino de Nápoles, reconociéndose feudatario de la silla apostólica, contrayendo ambos en seguida con los Venecianos otra nueva alianza, que se denominó *santa*, dirigida en contra de la Francia. Se abrió la campaña con la infame batalla de Ravenna, en que los coligados fueron completamente batidos, si bien costó la vida al duque de Nemours que la ganó; pero recuperados los Españoles de este golpe, que no supieron utilizar en su favor los vencedores, lanzaron á los Franceses de Bresa y todo el Milanesado, dando lugar á que las tropas que en Castilla se apuraron para reforzar el ejército de Italia pudiesen dirigirse á las fronteras de Francia. Fué entonces cuando el rey católico solicitó del navarro libre paso por sus estados, que le fué negado, si bien bajo la mas formal protesta de permanecer neutral en la contienda; pero como á poco celebrase una alianza ofensiva y defensiva con Luis XII, no dió treguas don Fernando á su enojo; reunió todas sus fuerzas en Vitoria, dió el mando de ellas al duque de Alva don Fadrique de Toledo, y cayó sobre Pamplona, donde se hallaba Juan de Albret. El 20 de julio de 1512, entró en Navarra el ejército castellano, haciendo huir precipitadamente á cuantos destacamentos venían á impedir el paso; el 23 se estableció el cerco de Pamplona, de donde ya había huido cobardemente el rey; el 25 se rindió la plaza, y siguiendo su ejemplo, fueronse entregando inmediatamente las demás ciudades y pueblos, de modo que en cinco dias se halló dueño el rey católico de toda la Navarra. Vanas fueron las tentativas que el pusilánime Juan de Albret hizo después, apoyado por la Francia, para recuperar su perdida corona, porque derrotadas sus tropas en todos ellos, tuvo que reparar los Pirineos aviniéndose á una composición con don Fernando. Dejésele el dominio de la Navarra baja, que en 1589 unió á la corona su segundo nieto Enrique IV, que ocupó el trono de Francia. Juzgada de diversos modos la conquista de Navarra y su incorporación á la corona de Castilla, estuvo sin embargo muy lejos de ser una usurpacion, como los historiadores franceses se complacen en calificarla. Sino personales, don Fernando tenía derechos á este reino como soberano de Castilla, y aun por eso sin duda llevó su delicadeza hasta el extremo de agregar estos estados á la corona de Castilla y no á la de Aragón, de que era propietario, como hubiera podido hacerlo fácilmente. Dijimos ya en su lugar que don Juan de Aragón tomó parte activa en las intrigas de sus hermanos los infantes contra don Alvaro de Luna, y que empeñado por ellos en una desastrosa guerra, hubo de procurar la paz, dando en matrimonio su hija doña Blanca al príncipe heredero, rey después bajo el nombre de Enrique IV. Tenia á la sazón don Juan otro hijo de su primer matrimonio con doña Blanca de Navarra, por cuya muerte, acaecida en 4.º de abril de 1444, recayó de derecho en él la corona de Navarra. Casado don Juan en segundas

nupcias con doña Juana Enriquez, y habido un hijo de ella, hemos ya también mencionado cuál fué su resistencia á entregar la gobernación de aquel reino á su hijo el príncipe de Viana, sostenido por la familia de Beaumont, al paso que la de Agramunt apoyaba la espoliación. Con este motivo se animaron los parciales de uno y otro bando, y acudiendo por último á las armas, hubo de unirse don Carlos al rey de Castilla y aventurar por fin junto á Aibar una batalla en que fué derrotado y preso por su mismo hermano don Alfonso. Pasaban estos sucesos en octubre de 1452, y aun cuando después de infinitas de incidentes, que no podemos detenernos á enumerar, se dió libertad al príncipe, sujetando la decisión de las discordias entre padre é hijo al arbitrio del rey de Aragón, como este falleció sin dirlas en 1458, heredó su corona don Juan con lo que la situación de don Carlos se empeoró. No desistió sin embargo de llevar adelante la concordia intentada con su padre, ya rey de Aragón, y volvió de Nápoles á España con este objeto, avistándose ambos en Barcelona; pero celoso el monarca del entusiasmo que por todas partes inspiraba su hijo, enconado su resentimiento, que degeneró en sospechosos recelo, por las infames calumnias vertidas contra el príncipe por su madrastra, y vivamente ofendido de los secretos tratos por aquel mantenidos para desposarse con doña Isabel de Castilla, determinó ya su perdición. Llamóle con este objeto á Lérida, dándole un salvoconducto, á tiempo que estaban reunidas las Cortes en ella, y sin respetos á su palabra y después de despedir á los diputados, mandó prender á su hijo como reo de alta traición. Tan desnaturalizado é injusto proceder no pudo menos de concitar en su contra cuanto de leal y generoso había en la Navarra, el Aragón y Cataluña; volviéronse otra vez á tomar las armas en defensa del desvalido príncipe, y hubo de ser tal el imponente aspecto de este casi general levantamiento, que el rey se vió obligado á dar libertad á su hijo en 1461. Desde su misma prisión de Morella participó este tan fausta nueva á todos sus partidarios; pero poco les duró el contentamiento, pues en medio de las contestaciones empeñadas acerca del porvenir y seguridad del que tan bien querían, vino la muerte á arrebatarse á los 40 años de edad en setiembre del mismo año 61, á impulso de sus padecimientos físicos y morales, y aun, según algunos, al del veneno que se le dió por medio de unas píldoras en Morella, rumor que se acreció cuando á pocos días se halló también muerto á su repostero. De aquí la indignación que al saber las circunstancias de su muerte, surgió en toda Cataluña, y la sublevación del principado que dió lugar á los sucesos de que antes se hizo mérito; pero si vencedor don Juan de la rebelión armada, nunca pudo acallar la acusadora voz contra él alzada, que tomó mucha mayor consistencia cuando se vió el bárbaro proceder de este inhumano padre con su hija doña Blanca, que el monarca de Castilla había repudiado al subir al trono. Heredera esta infortunada princesa del reino de Navarra por muerte de su hermano don Carlos, fué tan desapiadadamente perseguida como este. Decidido don Juan á no entregar aquellos estados mientras viviese, tenía secretamente estipulado con el conde de

Foix, esposo ya de doña Leonor, hija de su segundo enlace con la de Enriquez, que á su muerte se transmitiría á él la soberanía de Navarra. Era por la tanto un obstáculo doña Blanca, que se negó á renunciar sus derechos y á encerrarse en un convento, como se lo exigieron, y á pretexto de haberse también resistido á seguir á su padre á Francia temerosa de una violencia, fué reducida á una prisión y conducida al castillo de Ortez en el Bearne, donde se la entregó en poder de los condes de Foix. Mas á pesar de lo vigilada que estaba, y presintiendo ya una catástrofe como la de su hermano, halló medio de dejar en Roncesvalles una protesta contra la violencia que se le hacía para compelerla á renunciar la corona en favor de su hermana doña Leonor, condesa de Foix, declarando desde luego completamente nulos, de ningún valor ni efecto, cuantos documentos pudieran aparecer desde aquella fecha en adelante, en su nombre y bajo su firma, renunciando sus derechos á la corona, á menos que fuese en favor del rey de Castilla don Enrique IV ó del conde de Armagnac. Sabedora á los tres días de que se la iba á entregar á los condes, y temiendo con mas fundamento que nunca que se iba á cometer un atentado contra su vida, hizo en San Juan de Pié de Puerto y con fecha de 30 de abril de 1462 una donación *inter vivos*, ó sea una cesión plena y completa del reino de Navarra y cuantos estados le pertenecían en favor de su muy amado primo don Enrique IV, rey de Castilla, y de sus sucesores, escribiéndole además una carta tan lastimosa y tan tierna, que no puede leerse sin conmoción; en ella le rogaba que tuviese lástima de una infeliz con la que tenía relaciones estrechas como la de haber sido su esposa, que acudiese á libertarla de la tiranía que sobre ella tan injustamente se ejercía, ó que de lo contrario, y si llegaba tarde, vengase su muerte. No fueron por desgracia tan vanos sus presentimientos como sus quejas, pues á pesar de su inocencia, nadie salió por entonces en su defensa ni se supo cosa alguna de su suerte, hasta que á principios de 1464 se celebraron sus exequias en la catedral de Lescar. Encerrada en el castillo de Ortez en el Bearne, bajo el poder de los condes de Foix, sus mas acérrimos enemigos, y á merced de su desalmada hermana, que en ella veía un perenne obstáculo á su engrandecimiento, la opinión mas común y acreditada es que murió envenenada; pero la divina justicia no dejó al infame fratricida gozar el maldecido fruto de su crimen, pues habiendo muerto repentinamente don Juan II el 19 de enero de 1469, y proclamada Leonor soberana de Navarra, siguió al sepulcro á su padre, falleciendo el día 10 del siguiente mes de febrero. Su vida amargada por una continua lucha para alcanzar un trono, cuyas gradas manchó de sangre, fué un castigo providencial como su muerte, y ninguno de sus herederos pudo gozar con tranquilidad de su nefanda herencia, comprada á costa de crímenes. Dejó por sucesor en su testamento á su nieto Febo, á quien su madre no permitió venir á coronarse hasta 1482, por temor á la enconada guerra que se hacían las poderosas casas de Beaumont y Agramunt que tenía dividida y aislada la Navarra; pero habiendo fallecido á los dos meses de su coronación, entró á reinar su hermana Catalina, que contra los deseos y

manifestaciones de don Fernando, ya rey de Aragón, fué casada por el rey de Francia con Juan de Albret, conde de Perigord. Aunque ofensivo este paso hasta no mas para los reyes católicos que tenían pedida la mano de Catalina para su hijo primogénito don Juan, se contentaron por entonces con apoderarse de Tudela, porque se hallaban ocupados en llevar á cabo las gigantescas empresas de que en su lugar se ha hablado, y con hacer que los reyes de Navarra firmasen un tratado en que se obligaban á no prestar al francés auxilio alguno activo ni pasivo contra Castilla. Pero la conducta del navarro fué diametralmente opuesta á lo pactado, uniéndose á la Francia para perjudicar á don Fernando, exasperándole en cuantas ocasiones se le presentaban para ello, hasta que aprovechándose del conflicto en que se hallaba en 1507, cuando tan vivamente se disputaba la regencia de Castilla, lanzó á la guarnición que tenía en Viana, apoderándose de la plaza y desterrando á los parciales del rey católico. Esta ofensa colmó la medida del sufrimiento, y cuando de Albret no solo se negó á dar paso á las tropas castellanas, si que también se alió con la Francia, se decidió por fin á usar del derecho que en su testamento traspasó la infortunada doña Blanca á los monarcas de Castilla, y del que daba una bula del papa Julio II, en la que escomulgando á los reyes de Navarra por cismáticos y deponeándoles, concedía sus estados al primero que los ocupase. Véase, pues, cuán lejos está de merecer este acto de buena guerra el dictado de usurpación con que la envidia extranjera le ha calificado. Con él quedó dueño don Fernando de toda la península, á escepcion de Portugal; y volviéronse sus miradas hacia Italia, donde la lucha entre Aragón y Francia, tornó á avivarse con la subida de Francisco I al trono de esta nación. Deseoso este joven monarca de hacer valer sus derechos al Milanesado, pasó á Italia al frente de un poderoso ejército, y obligó desde luego al virey de Nápoles don Ramon de Cardona á retirarse bajo el cañon de Plasencia. Ya estaba don Fernando abatido por la edad y por el nocivo efecto de una bebida que había tomado años antes con el objeto de rejuvenecerse; pero á pesar de todo, dió las mas activas disposiciones para aprestar tropas y mantenimientos destinados á reforzar el ejército de Italia; y estando á punto de terminarlos, vino la muerte á arrebatarse este nuevo laurel. Había recibido poco antes la noticia del fallecimiento del infante Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien tan injusta como rigurosamente había tratado en aquellos últimos tiempos, y fué tanto su pesar, que dirigió á su viuda, la duquesa de Terranova, una afectuosa carta de pesar, en la que encareciendo los altos y señalados servicios de que universalmente había sido aclamado el Gran Capitán de su siglo, le prometió toda su protección y favor para ella y las cosas de su familia. Bien lejos estaba de pensar entonces el rey cuán breve había de ser la duración de su existencia, pues escrita esta carta en 3 de enero de 1516, á los 30 días de la muerte del Gran Capitán el 23 del mismo mes era ya cadáver el poderoso monarca que la firmó. Tuvo, sin embargo, lugar don Fernando de arreglar convenientemente los negocios públicos y de otorgar su testamento, en el que nom-

bró á su hija doña Juana por heredera de todos sus estados, y atendiendo á su incapacidad, de gobernador del reino mientras ella viviera, y heredero después, á su nieto don Carlos de Austria, encargando la regencia de Castilla, hasta que este cumpliera 20 años, al cardenal Jimenez de Cisneros, y al arzobispo de Zaragoza la de Aragón. Tenía 64 años cuando falleció en Madridejos, sin que en su larga vida y no menos dilatado reinado hubiese desmentido un punto su carácter. Hábil gobernador, profundo político y esforzado guerrero, tenía el grave defecto de olvidar con harta prontitud los servicios que se le hacían, correspondiendo á ellos con marcada ingratitud y hasta con injurias sospechas, como sucedió con Gonzalo de Córdoba y Colon. Su desconfianza rayaba en la exageración, era altivo y duro, y poco fiel observador de la fe empeñada en los tratados; pero grande y magnánimo con ninguno, á él se debió la unidad y fortaleza de la monarquía, y gran parte de la gloria que á una con su primera esposa doña Isabel, procuró para el país. En la segunda época de su reinado se estableció el Santo Oficio en Aragón, dando lugar á las desgracias que ocasionó la resistencia de los naturales á esta institución.

FERNANDO VI, nació en 10 de abril de 1712, hijo de Felipe V y de María de Saboya; recibió la educación cual convenia á un príncipe destinado á suceder á un padre como el suyo, y se adquirió con justicia el renombre de sabio. Amigo sobre todo de la paz dedicó todos sus esfuerzos á conseguirla, como que sin ella creía no podía procurarse la felicidad de tan trabajada nación. La guerra, sin embargo, seguía cruenta en los Países Bajos y en Italia; pero al fin consiguió este buen rey dotar á sus pueblos del señalado beneficio á que aspiraba, firmando en 1748 el tratado de Aquisgrán ó Aix-la-Chapelle, por el que se alcanzó la pacificación general. Asentada la tranquilidad de España, y ayudado el benéfico monarca de ministros tan eminentes como Carvajal y el marqués de la Ensenada, los cuales, y en particular el último, elevaron á tan alto grado la marina, el comercio y la obtención del apetecido concordato, que hizo anejo perpetuamente en 1753 el patronato real á la corona, son otros tantos monumentos de gloria eterna y sin mancha para este buen rey, algo mas lisonjeros y permanentes que los erigidos por otros sobre humeantes cadáveres, á costa de victorias conseguidas en los campos de batalla, y de conquistas que imponían un yugo, detestado siempre y siempre opresor. Á sus propias expensas, mandaba don Fernando hombres eminentes en todas artes y ciencias que estudiasen en el extranjero é importasen lo que conceptuasen ventajoso para el país; y á él se debieron, con la prosperidad del comercio y todos los ramos del saber, los descubrimientos y adelantos conseguidos por los ilustres marinos don Antonio Ulloa y don Jorge Juan, á quienes dispuso al efecto

la mas amplia y generosa protección, como á Feyjoo, Mayans y Florez, á Ortega, Burriel, Castri y Valdeflores. Y ora todavía mas notable que á todas estas cosas y al engrandecimiento de la nación se atendiera, rebajando al propio tiempo los impuestos, y aumentando con la general del reino la riqueza individual. Empero la acerba pena que le causó el fallecimiento de su muy amada esposa, le disgustó tan completamente de la vida pública, que abandonando los negocios se retiró á Villaviciosa. Su melancolía le ocasionó una complicada enfermedad, de la que fué víctima al fin el día 10 de agosto de 1759, en medio de las lágrimas y pesar de todos sus vasallos, que le acataban como á su ángel bienhechor.

FERNANDO VII, nació este príncipe el 6 de octubre de 1784, en el real sitio de San Ildefonso, del matrimonio de Carlos IV con María Luisa de Parma. Apenas habia cumplido cinco años, el 23 de setiembre de 1789, fué proclamado príncipe de Asturias. Convocados los diputados de las provincias para prestar el juramento de fidelidad, pidieron el restablecimiento de las Cortes que Carlos IV habia abolido, y aun cuando sus votos quedaron sin efecto, fueron á lo menos una protesta enérgica y una prueba evidente de que la nación temia por sus antiguos fueros y de que las Cortes eran su mejor salvaguardia. Los Españoles, que todo lo tenían del carácter débil y pusilánime de Carlos IV, pusieron todas sus esperanzas en el joven príncipe, cuya educación estaba confiada á dos hombres instruidos, y sobre todo virtuosos, á don Juan Escobiquiz y al duque de San Carlos, no ofreciendo los primeros años de Fernando circunstancia alguna que indicase que estas esperanzas estuviesen mal fundadas, pues con afición al estudio y amor al trabajo hizo rápidos progresos, especialmente en las matemáticas, llamándole entonces poco ó nada su atención los placeres de la corte. Don Manuel Godoy, que, como todo el mundo sabe, era en aquella época el verdadero soberano de España, comprendió muy pronto que no podría ejercer sobre el príncipe de Asturias la influencia que tenía sometido á Carlos IV. Don Juan Escobiquiz y el duque de San Carlos, que ponían todo su cuidado y empleaban todo su celo en desarrollar las felices disposiciones de su regio alumno, y sabedores por otra parte de los proyectos que acerca de él fraguaba el príncipe de la Paz, creyeron de su deber inspirarle, y le inspiraron en efecto contra este ministro, un odio que creció con los años. Inútiles fueron todas las tentativas de Godoy, pues su principal enemigo no era precisamente el pueblo, cuyos gritos impedía que llegasen hasta el rey, y cuya cólera podía desarmar disminuyendo los impuestos, recurso que tenía siempre en la mano; sino el príncipe de Asturias, que podía hablar á su padre siempre que quisiera y que se hallaba por su rango en una posición superior á los favores del ministro soberano. Godoy entonces varió sus planes de repente, y trató de hacer temible al rey al que este sabe que solo puede serlo para el favorito. Organiza, pues, al rededor de Fernando un sistema de espionaje y logra apartar de su lado á los hombres que le son mas afectos. Esperando sin duda obtener algun ascendente sobre el ánimo de una princesa que él mismo habia escogi-

do, el príncipe de la Paz entabla negociaciones con la Inglaterra; pero como sobreviniera la reacción de la guerra entre esta nación y España, se rompieron todas las negociaciones y Fernando se casó con una princesa de Nápoles, al mismo tiempo que el príncipe de las Dos Sicilias contrajo matrimonio con una infanta de España. Pronto se vió Fernando atacado en la persona de la princesa, su esposa, contra quien se dirigieron los tiros de la calumnia. Sabido es que esta princesa era de una hermosura extraordinaria, y que apenas se presentó en la corte de España, se apresuraron los jóvenes mas distinguidos de la nobleza á tributarle los homenajes de su respeto y admiración. No ignoró la princesa de Asturias las calumnias atroces de que era objeto, y frecuentemente se la veía llorar, echando de menos su cielo napolitano, aquel cielo amado de su infancia y lleno de mejores recuerdos. El dolor era demasiado profundo para que pudiera dominarlo, y sucumbió á él en 21 de mayo de 1806. — El embajador de Francia en la corte de España sugirió al príncipe de Asturias la idea de pedir en matrimonio una princesa de la familia de Nápoles. La enemistad de Fernando á Godoy y el deseo de librarse de otra unión que querían hacerlo contraer con una princesa escogida por su mayor enemigo, le obligaron á escuchar las proposiciones de Mr. de Beanharnais; tratábase de la hija de Luciano Bonaparte. Fernando participó su resolución al emperador; pero como llegase á noticia de don Manuel Godoy, logró irritar de tal modo á Carlos IV contra su hijo, que este dió al punto la orden para que recogieran todos los papeles del príncipe y le encerraran en el monasterio de San Lorenzo. Los papeles recogidos fueron una copia de la carta que escribió á Napoleón, una memoria sobre la conducta despótica de Godoy, y un escrito en que se nombraba al duque del Infantado capitán general de Castilla la Nueva para el caso en que falleciera Carlos IV. En 30 de octubre se dió, en nombre del rey, y se dirigió al Consejo de Castilla, un decreto declarando traidores á la patria á Fernando y á todos los que le eran adictos. La prisión del príncipe de Asturias, y mas que todo aquel decreto tan extraordinario, produjeron un efecto enteramente contrario á los proyectos del favorito, que conociendo entonces toda la gravedad de su posición y el conflicto en que se hallaba colocado, se dedicó á entablar una negociación entre el príncipe y sus padres, empezando por hacer firmar á aquel cartas llenas de sumisión y arrepentimiento, que tuvieron por resultado establecer la buena armonía entre el padre y el hijo. Esta reconciliación causó menos alegría á la corte que la noticia de la victoria alcanzada por las tropas españolas al mando del marqués de la Romana. Estas tropas, que hacían parte de los ejércitos franceses, se habían apoderado de Stralsund, en Prusia, ciudad importante de la Pomerania, así por la actividad de su comercio, como por su situación sobre el Báltico, en frente de la isla de Rugen. No tardó empero la corte en ver alterada su alegría con la llegada de un correo francés al palacio real de San Lorenzo, portador de un tratado concluido y firmado en Fontainebleau el 27 de octubre por don Eugenio Izquierdo, como plenipotenciario de S. M. C., y el mariscal Duroc en nombre del emperador de los

Franceses. El resultado de este tratado fué hacer al emperador dueño del Portugal y darle un pretexto para introducir su ejército en la península, lo que no tardó en verificarse, apoderándose los generales franceses de las plazas fuertes de Pamplona, San Sebastian, Figueras y Barcelona, que podían oponer algún obstáculo á la invasión. Fué tal el terror que se apoderó del príncipe de la Paz, de Carlos IV y de María Luisa, que resolvieron abandonar el real sitio; pero sabiendo el pueblo la resolución tomada por el rey de retirarse con toda su familia á Andalucía, temiendo que Carlos IV imitase el ejemplo del rey de Portugal, que abandonando á su pueblo había ido á establecerse á una de sus colonias, y sabiendo por último que se había dado orden á las tropas de Madrid de trasladarse á Aranjuez para proteger el viaje, cuyos preparativos no eran ya un misterio, se dirigió tumultuosamente al palacio de Aranjuez pidiendo la caída del favorito, quien se salvó milagrosamente ocultándose en un desván entre unas esteras. Los sucesos de Aranjuez se reprodujeron también en Madrid, y decidieron la abdicación de Carlos IV en su hijo primogénito. Ningún monarca subió al trono con mayor contentamiento de sus súbditos que Fernando cuando lo ocupó; ninguno tuvo á su disposición mejores elementos para hacer la felicidad del país. El mismo ahínco con que Napoleón intentara arrebatárle el trono ofendiendo el orgullo español, hizo mas querido de sus pueblos á aquel monarca, y la felonía para con él empleada redundó en su favor, captándole el amor de sus súbditos. Anunciando su causa y nombre á la de su independencia, no dudaron en arrojarse á la desigual pelea, que admirando al mundo les dió el triunfo, humillando la altivez de su colosal competidor. Entonces se vió trabada aquella lucha empeñada y temeraria, lucha gigante en que un pigmeo derrocó á un coloso, lucha en la que hombres inermes, sin jefes, instrucción ni disciplina se atrevieron á presentarse frente á frente ante las temidas legiones triunfadoras en Austerlitz, Marengo y Jena, para disputarles á costa de torrentes de sangre el título de invencibles. Vasto campo de batalla la península, cuanto en ella había de generoso y noble, la juventud toda, sin distinción de clases, corrió á rechazar al invasor; y el sagrado fuego que en sus pechos ardía, el amor á la libertad y á la independencia nacional, convirtió en héroes á los mas pacíficos, en consumados jefes á los que mas ajenos se habían siempre mostrado á la carrera militar. Hemos dicho que el pueblo idolatraba al nuevo rey; acostumbrado á ver en él un constante enemigo del valido á quien odiaba, los Españoles empezaron por simpatizar con el que amaron luego, porque intentaban arrebatárselo. Simbolizando en su persona la noble causa de su independencia, se acostumbraron los pueblos á aclamar á una ambos objetos, que en su entusiasmo ciego no creían posible separar; y sin embargo el mismo rey los separó después. Pero no adelantemos los acontecimientos. Al subir Fernando al trono se aproximaban á Madrid Dupont con sus tropas por un lado, y el gran duque de Berg por otro con la guardia imperial y la división Moncey. El 23 de marzo de 1808 entró Murat en Madrid con el mas fastuoso aparato y en medio del asombro de los

habitantes, que no sabían á qué achacar esta reunión de fuerza extranjera. El 24 todo un pueblo aclamaba delirante al rey Fernando, que durante seis horas fué el objeto de una continuada ovación. El gran duque se limitó por entonces á usar de la intriga para preparar el terreno á la usurpación; enviado el general Monthion cerca de los reyes padres, que estaban en Aranjuez, obtuvo de ellos una protesta contra la reciente abdicación. So pretexto de salir al encuentro de Napoleón, consiguió que el infante don Carlos antes, y el mismo Fernando después se dirigiesen hacia la frontera. Llegados á Vitoria, aun hubo quien aconsejase al rey no siguiese adelante; pero arrastrado por Escoiquiz, que merecía toda su confianza y era un ciego admirador de Napoleón, determinó marchar á Bayona. El pueblo, que se temía una celada, se aborotó al saber la partida y se apoderó del coche; pero tranquilizado por un manifiesto de Fernando, no se opuso ya al viaje, y el 20 de abril entraba en Bayona el monarca de las Españas. Este mismo día se daba libertad á Godoy, y el 25 acompañaba á los reyes padres que se dirigían á Bayona también. Aun no estaba contento con esto Napoleón, que intentó llevar el resto de la real familia; pero al querer los Franceses sacar de palacio á los infantes don Antonio y don Francisco, el pueblo, al que el rumor de esta nueva tenia ya alerta desde el día anterior, dió libre salida á su enconado resentimiento, cuando por los criados de palacio supo que don Francisco, anegado en lágrimas, se oponía tenazmente á marchar. La multitud entonces se arrojó furiosa contra la escolta francesa, cortando los tiros del coche. Un refuerzo de tropas y artillería que mandó á palacio Murat aumentó todavía mas la indignación popular; la sangre corrió á torrentes, y la heroica defensa que á la cabeza del pueblo, replegado al parque de artillería, hicieron los oficiales de esta arma don Luis Daoiz y don Pedro Velarde eternizó la memoria de aquel día, en que la traición triunfó de los leales defensores del parque, mientras se parlamentaba, y la negra venganza sacrificó mas de ciento cincuenta víctimas indefensas, entre ellas mujeres y ancianos, cobarde é inhumanamente fusilados en el Prado y otros sitios por el simple hecho de encontrarse con tapulmas, navajas ó tijeras en su poder; Baldon, eterno baldon á esas huestes, terror de la Europa, cuya gloria se mancilló para siempre aquel día, y mil veces loor á los primeros mártires de la libertad española, cuyas cenizas reposan hoy en grandioso monumento erigido á su memoria en el Campo de la Lealtad! Fecunda, empero, la sangre del martirio, no quedó sin venganza; pero venganza noble y grande, digna de un pueblo noble, de una gran nación. Las deplorables escenas del 2 de mayo sirvieron de señal para el levantamiento general de la nación; un grito de indignación y rabia resonó unánime en la península; la guerra contra los invasores fué proclamada como una santa cruzada; dio quiera se alzarán tropas que hostilizarán á las francesas; por todas partes cundió el entusiasmo á la sagrada voz de libertad; en todas las provincias se instalaron juntas que mas adelante constituyeron una central; hizose alianza con los Ingleses para combatir al tirano, y la lucha empezó sangrienta, desgraciada y desigual.

Pero á las derrotas de Cabezon y Riosoco sucedieron los triunfos de Bailen. En tanto, reunidas las mal llamadas Cortes de Bayona, dió Napoleón el 6 de junio un decreto declarando rey de España á su hermano José, que admitió el 10; el 7 de julio juró la Constitución acabada de formar, el 9 entró en el territorio español y el 20 en Madrid. Pero muy pronto hubo de abandonar la corte el rey intruso. Batidas sus tropas en Bailen, donde tuvieron tres mil muertos y diez y ocho mil prisioneros; rechazadas en Valencia y Zaragoza, la heroica, cuya defensa inmortal en sus tres sitios es la mas bella página de nuestra moderna historia, y cuya rendición fué tan heroica como la defensa; destrozadas en Alcañiz y Talavera, y humilladas ante la inmortal Gerona; contenidas ante Sevilla, Cádiz y la isla de León, y completamente vencidas en la Albuera, sus triunfos apenas compensaban tan enormes descalabros, y el valor y constancia de los Españoles destruían todos sus planes de conquista. Ni aun los horrores del hambre experimentada en 1812 pudieron amenguar su heroísmo, que la victoria no pudo menos de premiar. Ya en este año quedaron libres de enemigos las provincias de Estremadura, Murcia, Andalucía y Asturias, y en Cádiz se promulgaba solemnemente la Constitución de la monarquía, discutida y votada entre los estampidos del cañon enemigo. El ejército francés, notablemente disminuido ya, se redujo mas todavía por los cuerpos que de él se retiraron para la campaña de Rusia. La batalla de Vitoria, dada en 1813 y ganada por los Españoles, fué el golpe de gracia para los invasores. Las provincias de Aragón y Valencia fueron evacuadas por resultado de ella, y aun cuando el mariscal Soult acudió con nuevos refuerzos, batido en Somorrostro, Oster y Tolosa, hubo de retirarse, penetrando en seguida nuestro ejército en el territorio francés. A este tiempo el ejército de la coalición del Norte entraba en París, Napoleón fué destronado, y Luis XVIII ocupó el solio de sus mayores. Libre ya en su consecuencia Fernando VII, entró en España el 22 de marzo de 1814, siendo uno de sus primeros actos el disolver las Cortes y proscriptar á cuantos profesaban ideas en consonancia con la Constitución. Semejante proceder para los que con tanta lealtad habían defendido su trono, no pudo menos de captarse la enemistad del partido que ya entonces se llamaba liberal. No es extraño por lo tanto que en varias ocasiones se procurase subvertir á mano armada el sistema reaccionario adoptado por el rey. Pero frustrándose las tentativas de Porlier, Lacy y Mina, murieron los dos primeros en un patíbulo, y el último tuvo que buscar su salvación en tierra extranjera. Hubo sin embargo otra mas afortunada, promovida por Quiroga y Riego en 1820, á la cabeza de cinco mil hombres del ejército que se había reunido en Cádiz para pasar á sujetar las provincias sublevadas en América desde 1810. El grito dado por Riego en las Cabezas de San Juan el día 1.º de enero, halló bien pronto eco en las provincias de Asturias, Galicia, Navarra, Cataluña y Aragón, llegando á proclamarse la Constitución hasta en Ocaña. El rey la aceptó por fin el día 6 de marzo, convocándose las Cortes, y el sistema representativo volvió á regir en la nación. Pero Fernando había entrado en el contra su volun-

tad y deseaba su proscripción á todo trance. No tardaron en levantarse partidas que le aclamaban rey absoluto. La guardia real era poco afectada en general á este orden de cosas, y las tristes escenas del 7 de julio, en que tanta gloria adquirió la milicia nacional batiendo á los batallones de aquella que entraron en Madrid, no eran indudablemente extrañas al monarca, por cuya orden se dice hubo de llevarse á efecto la sublevación. Invencible á pesar de todo el ejército constitucional, que donde quiera batía á las facciones, el régimen representativo se hubiera sostenido, si la política extranjera no se hubiese mezclado en nuestros asuntos. Las notas diplomáticas remitidas por la Santa Alianza, valientemente rechazadas por el gobierno, dieron pretexto á la intervención armada de la Francia. Menester fué que cien mil bayonetas extranjeras viniesen á entronizar el despotismo y aniquilar la Constitución! El gobierno y las Cortes se retiraron sin embargo á Cádiz, donde resistieron hasta el último momento; pero engañados por las promesas del rey consignadas en un real decreto en que prometía olvido y garantías, le dejaron pasar al campo francés, donde revocó al día siguiente cuanto acababa de conceder, anulando por el célebre decreto de 1.º de octubre todo lo actuado desde 1820. Entonces se organizó la mas sangrienta persecución contra el partido liberal; Riego fué conducido al patíbulo; establecieron las comisiones militares; Valdés, el Empecinado y Bazán murieron también en el cadalso, y la reacción no se fué aplacando hasta el año 26. Las revueltas del 28 en Cataluña en sentido aun mas despotico, fueron comprimidas con la presencia del rey; el día 11 de diciembre de 1829 se unió á su nueva esposa doña María Cristina de Borbon; derogóse el 30 la ley Sállica, restableciendo la pragmática sanción de 1789, y el 10 de octubre presidió al nacimiento de la angelical niña que hoy rige venturosamente los destinos de la nación. Este año terminó con las malogradas tentativas de los emigrados en favor de la libertad. En el 31 nuevas víctimas regaron con sangre el suelo español, sellando con ella su inextinguible patriotismo. Manzanares, Mijar, doña María de Pineda, y por último Torrijos y sus bravos compañeros, vilmente vendidos y asesinados, malograron su heroico esfuerzo para derrocar el despotismo. Nuevos días de persecución y luto se preparaban con estos hechos, cuando la grave enfermedad del rey en 1832 trajo consigo la destitución del ministerio Calomarde y el nombramiento de la reina para el despacho de los negocios. El generoso decreto de amnistía, la apertura de las universidades, la supresión de la inspección de realistas y la creación del ministerio de Fomento, fueron los primeros actos de esta señora, que abrió así el camino de las reformas en un sentido mas liberal. Todas se cortaron por el decreto en que el rey restableció la ley Sállica, derogando su anterior acuerdo, cuando ya se le creía próximo á espirar. Mas la Providencia no podía permitir tan violento despojo. Fernando se mejoró visiblemente. La infanta doña Luisa Carlota, que con increíble velocidad vino de Sevilla, desenmascaró á los traidores, prestó nueva fuerza á su hermana con sus consejos, y la herencia de san Fernando volvió otra vez á quien de derecho pertenecía, á la primogénita doña María Isabel. El año 33 se inauguró con el decreto sobre elección de ayuntamientos; don Carlos fué confinado á Portugal con su familia; convocáronse las Cortes, que en la iglesia de San Gerónimo juraron á la infanta doña Isabel heredera del trono, de cuyo acto protestó don Carlos; y el 29 de setiembre sucumbió el rey Fernando á un accidente de apoplejía, cuando mas necesaria era su existencia para la pública tranquilidad. En su testamento otorgado desde 1830 dejaba nombrada á su esposa tutora de sus dos hijas y regenta gobernadora de la monarquía hasta que la reina cumpliera diez y ocho años, acompañada de un consejo de gobernación.

genita doña María Isabel. El año 33 se inauguró con el decreto sobre elección de ayuntamientos; don Carlos fué confinado á Portugal con su familia; convocáronse las Cortes, que en la iglesia de San Gerónimo juraron á la infanta doña Isabel heredera del trono, de cuyo acto protestó don Carlos; y el 29 de setiembre sucumbió el rey Fernando á un accidente de apoplejía, cuando mas necesaria era su existencia para la pública tranquilidad. En su testamento otorgado desde 1830 dejaba nombrada á su esposa tutora de sus dos hijas y regenta gobernadora de la monarquía hasta que la reina cumpliera diez y ocho años, acompañada de un consejo de gobernación.

3.º. NÁPOLES Y SICILIA.

FERNANDO I, rey de Nápoles, de la casa de Aragón, nació en 1424, murió en 1494; sucedió, en 1458, á Alfonso el Magnánimo, de quien era hijo natural. Este príncipe era falso y cruel. Su pueblo se sublevó muchas veces contra él; pero logró mantener su autoridad por medio del terror. **FERNANDO II**, rey de Nápoles, hijo de Alfonso II y nieto del precedente, fué coronado en 1495 después de la abdicación de su padre. La aversión que el pueblo napolitano había tenido á Fernando I y á Alfonso II se extendió á Fernando II. Cuando la invasión del rey de Francia, Carlos VIII, el pueblo, las tropas y la nobleza abandonaron á Fernando y se sometieron al monarca francés; sin embargo, por un cambio súbito de opinion, los Napolitanos no tardaron en llamar de nuevo á su soberano, y los Franceses tuvieron que abandonar el territorio napolitano. Fernando murió en 1496 á la edad de veinte y seis años.

FERNANDO III, rey de Sicilia (1479), después de Nápoles, desde 1504 hasta 1516, es el mismo que Fernando V, llamado el Católico. (Véase FERNANDO V en la serie de ESPAÑA.)

FERNANDO IV (ó FERNANDO I como rey de las Dos Sicilias), no tenía mas que ocho años cuando su padre don Carlos, llamado á la corona de España bajo el nombre de Carlos III, le dejó el trono de Nápoles bajo la tutela de Fanucci en 1759. En 1799 los Franceses se apoderaron de sus estados de tierra firme, pero regresó á ellos al año siguiente; los perdió de nuevo en 1806; Napoleón dió este reino á José, su hermano, y después á Murat. Fernando continuó á pesar de esto reinando en Sicilia; en 1814 volvió á ocupar el trono de Nápoles, que conservó hasta su muerte en 1825. Este príncipe, débil, fué gobernado por la reina Carolina y por sus favoritos; el mas célebre de estos fué Acton. En 1820 estalló una insurrección que tenía por objeto arrancarle una constitución; pero la sofocó auxiliado por el Austria.

4.º. PORTUGAL.

FERNANDO, rey de Portugal, nació en Coimbra en 1340; sucedió á Pedro el Cruel, su padre, en 1367; sostuvo dos guerras desgraciadas contra Enrique II, rey de Castilla, y contra Juan I, sucesor de Enrique II; y se vió obligado á renunciar á sus pretensiones sobre algunos dominios de Castilla. Este príncipe perdió el afecto de sus súbditos por haberse casado con Eleonora de Meneses, de quien era

amante don Lorenzo Velazquez de Acuña; pero supo con la sabiduría de su gobierno atraerse el aprecio general, y murió en 1383.

FERNANDO, infante de Portugal, hijo de Juan I, nació en Santarem en 1402, pasó á África á pelear contra los Moros desde la edad de catorce años, y puso sitio á Tanger; pero fué hecho prisionero por los Moros y pasó el resto de su vida cautivo. Murió de miseria en 1443. Las desgracias de este príncipe han dado asunto á muchas leyendas, entre las que citaremos la *Crónica del P. Gerónimo Ramas, Lisboa, 1577*, en 8.º.

5.º. VARIOS PRÍNCIPES.

FERNANDO I, gran duque de Toscana desde 1587 hasta 1609, y Fernando II desde 1621 hasta 1690, ambos de la casa de Médicis, no hicieron nada notable.

FERNANDO III, gran duque de Toscana, de la casa de Lorena-Austria, era hijo del gran duque Leopoldo (después emperador). Subió al trono en 1790; se vió obligado por los Ingleses á tomar partido contra la Francia; vió sus estados invadidos desde 1796 por Bonaparte, y conquistados definitivamente en 1799. Se retiró á Viena mientras que Luis de Parma y después Elisa Bonaparte ocupaban su trono. En 1805 aceptó de Napoleón el granducado de Wurtemberg y accedió á la confederación del Rhin. Volvió á entrar en su ducado en 1814, y reinó en él en paz hasta 1824.

FERNANDO DE BRUNSWICK, DE PARMA, etc. (Véase BRUNSWICK, PARMA, etc.)

FERNANDO MARTINEZ DE SANTA MARÍA, general de la orden de los carmelitas descalzos, nació en 1554 en Astorga. Fué el que visitó primero los conventos de Francia. Mandó misioneros á Persia, los que fundaron los conventos de Schiras, Ormus y otros. Pasó á Roma donde fué comisario de las siete provincias de la orden de San Francisco, en Italia, y confesor de Urbano VIII. El sumo pontífice le mandó á España con comisiones bastante arduas, y las desempeñó á satisfacción de este. Por tercera vez fué elegido superior general de su orden en 1629, y murió de una edad muy avanzada en Roma en 23 de marzo de 1631.

FERNANDO DE SAN JAIME, nació en 1511 en Sevilla, y fué el mejor de los predicadores de España. Desempeñó este mercenario con acierto los empleos mas distinguidos de su orden, y gozó el favor de Felipe II y Felipe III. Murió en Sevilla en 1639 á la edad de 98 años. Dejó escritos dos sermones y algunas obras pías.

FERNANDO DE ARAGON, nació en Madrid en 1515. Este digno nieto de Fernando el Católico fué arzobispo de Zaragoza y virey de Aragón. Compuso un *Nobiliario* de las mas ilustres familias de Castilla, Aragón y Vizcaya, y murió en 1575.

FERNANDO DE CÓRDOBA, fué llamado así por haber nacido en esta ciudad en 1420. Fué dotado de un talento tan precoz, que hay quien asegura que de muy tierna edad estaba instruido en la lectura, pintura, latinidad, matematicas y otras varias ciencias, tanto que á los veinte y cinco años era doctor en todas facultades. Al principio adoptó la carrera militar, y